

MUERTE DEL CONDE DE ARÉVALO.



CRONICA DEL TIEMPO DE DON PEDRO EL CRUEL.

Cuántos ejemplos podrían citarse de las consecuencias funestas de la indiscreción! no quiero decir de esa indiscreción malévola que resulta de un vicio del corazón, que la venganza ó el odio aconsejan, sino de esa indiscreción que proviene de un vicio del entendimiento, de la necesidad de contar cosas que no todos saben, y de la impotencia en que se está por falta de reflexión, de guardar su secreto ó el secreto de otros.

Hay hombres, hay mugeres, y principalmente niños, para los que un secreto es un peso insoportable; es preciso que se descarguen de él á toda costa, sobre un amigo, sobre un desconocido; que se lo digan al viento, sino encuentran á quien decírselo

Los niños indiscretos, y el número no es corto, que van á referir fuera todo lo que pasa en su familia, no saben de cuantas desgracias pueden ser causa inocente! ignoran que una palabra que imprudentemente se escapa, puede hacer que se malogre una feliz empresa, ó despertar al enemigo, al envidioso, al burlon tambien, y suministrar á cada uno de ellos los medios de dañar. La curiosidad frecuentemente precede á la indiscrecion, la indiscrecion y la curiosidad son altamente peligrosas.

La época del reinado de Pedro I de Castilla llamado el *Cruel*, no presenta sino una larga série de tiranías, concusiones y crueldades. Enrique de Trastamara y sus hermanos Fadrique y D. Tello, que tenian que vengar la sangre de su madre, emprendieron libertar á la reina Doña Blanca de Francia que el rey habia repudiado pocos meses despues de su matrimonio. La reina habiéndose escapado de la prision en que se hallaba en Toledo, se refugió á la catedral. Los habitantes movidos de compasion por sus desgracias abrazaron su causa. El rey D. Pedro no pudiendo entrar por la fuerza de las armas en Toledo prometió á sus habitantes olvidar su rebelion y volver á colocar á la reina en el trono. Abriéronse las puertas de Toledo, empero la credulidad de sus desgraciados habitantes fué cruelmente castigada. D. Pedro violó todas sus promesas. Los principales ciudadanos fueron condenados á muerte y la reina Doña Blanca encerrada en una fortaleza de Sigüenza. El rey ordenó que se prendiese á cuantos aun en secreto habian tomado parte en la rebelion.

El conde de Arévalo habia sido vil é injustamente denunciado al rey como adicto al partido de la liga. Un enemigo particular se habia aprovechado de aquellos momentos de turbulencia y desórden para perder al conde. Y eso, ay! es lo que sucede muy frecuentemente durante las guerras intestinas, en las que sin sombra de servicio al príncipe, á la patria, sino en realidad para satisfacer enemistades personales, se indican sus enemigos al hierro de los asesinos, ó al ciego rigor del poder.

El conde, instruido á tiempo, y cediendo á los ruegos de una muger que adoraba, el conde, aunque inocente, resolvió salir de Toledo, é ir á ocultarse en las inmediaciones, en una casa de campo, cuyo propietario le debia algunos favores, reservándose justificarse despues de la tormenta. Sus dos hijos, le habian seguido á este retiro; dos hermosos niños, uno de nueve años, el otro de diez, queridos de sus padres, que tambien ellos querian; ambos encantadores bajo diferentes aspectos, uno travieso, aturdido, hablador, indiscreto, otro mas pacífico, reservado, grave sin altanería; ambos valientes, am-

bos sensibles. La condesa, su madre, les había recomendado mucho no hablar del retiro del conde, que se había mudado el nombre, y que entre los criados de aquella casa y los aldeanos, pasaba por un rico mercader de Sevilla, que había venido con su familia á pasar algunos meses del buen tiempo en las cercanías de Toledo. El conde había tomado el nombre supuesto de Martin Ortiz.

Los dos niños habían prometido solemnemente guardar bien el ineógnito. Claudio, el mayor, bien se podía contar con su palabra. En cuanto á Enrique, á pesar de sus protestas de no desplegar los labios sobre este punto, no había que fiarse mucho de él. Era el mas atrevidillo, hablador, indiscreto de Castilla; decia cuanto sabia, y á todo el mundo indistintamente, y cuando no encontraba alguno á quien confiar sus secretos, se plantaba delante de un árbol, una poterna, delante de cualquier cosa, y allí, meneaba la lengua, hasta ponerse ronco. Había ya ocasionado muchos lances desagradables en la casa; gracias á él, muchos criados habían reñido, porque él había contado al uno lo que otro decia contra él.

Sin embargo era bueno, honrado, humano.

Había un subterráneo que daba por un lado con la bodega de la casa y por el otro con una casilla del bosque inmediato. Era un excelente recurso para escaparse de los satélites de D. Pedro el Cruel. El conde pasaba la mayor parte de su tiempo en aquella casilla á donde había llevado en que ocuparse, y disipar sus disgustos. Allí trabajaba en una memoria justificativa de su conducta. Su muger y sus hijos iban con frecuencia á hacerle compañía. Si algun hombre sospechoso se mostraba en el bosque, una puerta secreta se abría al instante con la mas leve presion, y á pocos minutos, estaban el conde y su familia en la bodega de la casa. Si por otra parte, la casa estaba amenazada de una invasion, el conde tiraba de un resorte, y al momento el fondo de un tonel se abre como la tapa de una caja, y á pocos instantes los supuestos vecinos de Sevilla se habían trasladado á la casita del bosque. Un criado de confianza estaba incesantemente el azecho al rededor de la casa, iba á adquirir noticias, y las traía á sus amos espantosas todos los dias. Ya era que un rico hombre había sido ahorcado en su cuarto por orden del rey; ya un cadáver de un noble hallado por la mañana, inundado en sangre á las puertas de Toledo, de donde huía. Ya eran algunos insignificantes ciudadanos recientemente degollados en una plaza pública. Ya eran cuerpos de hombres que se llevaba el Tajo. Podeis pensar la ansias mortales de la familia del conde al oír semejantes sucesos! Se redoblaban las precauciones, se salía con menos frecuencia; se repetían á los hijos las prevenciones para que fue-

sen discretos, y de circunscribir sus juegos y correrías en un círculo estrecho que tenía la casa por centro.

Claudio, el mayor no tenía necesidad de estas recomendaciones. Entristecido por la suerte que amenazaba á su padre, ingenioso por lo mismo en tranquilizar á su madre con una apariencia de seguridad, pálido de amor filial, estaba melancólico y taciturno cuando se hallaba solo ó con su hermano. Enrique había notado que bajo su ropilla de aldeano, ocultaba Claudio alguna cosa que formaba bultos en el paño. Había preguntado á su hermano que era aquello. Claudio había respondido: no es nada. En cuanto á Enrique tomando por moneda corriente ciertas mentiras oficiosas de miramiento, creía según el decir del Colono, que su padre no arriesgaba mucho en la actualidad, y el aturrido cantaba, gritaba y corría todo el día. Hablaba á los pájaros en voz alta y los felicitaba por la dicha de ser libres que les envidiaba. Era casi una indiscreción.

Claudio que jamás se retiraba por la tarde sin haber rondado por las lindes del bosque oyó un día, andar y hablar á dos hombres que la obscuridad de aquella noche no permitía ver. Dejaban el camino público para entrarse en el bosque. Claudio los seguía con el oído atento. Luego que hubieron dado algunos pasos en la obscuridad, se sentaron y Claudio oyó el diálogo siguiente:

—Di pues, *Furcifex*, como te llaman los estudiantes, dime si descansamos aquí? La noche no permite continuar nuestras pesquisas y tenemos necesidad de descanso para seguir rastreando mañana.

—Sea así, *Carnifex*, como te llama el Justicia mayor el señor Henestrosa. ¿Que hace un nombre? Eso no nos impide ser unos buenos vasallos fieles servidores del rey nuestro señor, que lo dejamos libre de todos sus enemigos. Claudio sintió un frío temblor que se extendió por todo su cuerpo, y su mano se dirigió al sitio de la ropilla en que Enrique había notado alguna cosa; después aprovechando un momento en que *Furcifex* y *Carnifex*, se tendían sobre la yerba para tomar una posición cómoda subió lentamente á un árbol, confundiendo el ruido que hacía con el que movían los dos *honrados sujetos*. Estaban á dos pasos de él.

CARNIFEX. Con tal que esas sombrías nubes que ocultan tan bien la luna no vayan á reventar sobre nuestras cabezas esta noche!

FURCIFEX. ¿Qué importa una poca de agua sobre las espaldas, cuando se trata de una expedición que puede hacer nuestra suerte? Es esa una cabeza que valdrá tanto oro como pesa á aquel que diga al rey, señor, vedla ahí.

CARNIFEX. La orden dice muerto ó vivo.

FURCIFEX. A mí me parece mejor entregarle muerto.

CARNIFEX. Y por qué?

FURCIFEX. Porque sino es culpable, puede ser que llegase á desengañar al rey, que lo perdonaria, nuestra suerte se la llevaria el diablo, y nuestra cabeza quizás tambien, porque el agraciado no dejaria de jugarnos una mala pasada; mientras que muerto no hay ya medio de perdonarlo, y el rey nuestro señor está interesado en este caso en sostener que era culpable.

CARNIFEX. Eso es matar á un hombre y su memoria.

FURCIFEX. La suma vale la pena, y yo no querría perderla. Los muertos ademas, son muy prudentes. He acabado, Dios lo sabe, con tantos de esos! Ninguno de ellos me ha venido á pedir cuenta.

Claudio hizo un movimiento involuntario.—¿Quién va, dijo Carnifex mirando al aire?—Algun pájaro que duerme entre las ramas, respondió Furcifex, y que mueve las alas.

Claudio no se movió mas y retuvo el aliento. Pobre niño! cuánto debía padecer! Los dos sicarios no habian todavia nombrado á nadie, y Claudio no estaba cierto de que el conde su padre fuese objeto de su conversacion; porque cien otros caballeros eran en aquel momento perseguidos por la ciega cólera del rey. Esperaba, pues, quedar mas instruido, y á pesar de la agitacion de su alma, y los latidos precipitados de su corazon, se mantenía inmóvil, el cuerpo inundado de un sudor frio, escuchando. Desgraciadamente los bandidos acosados por el sueño, se dieron las buenas noches despues de haber dirigido una súplica á la Virgen por el buen resultado de su crimen. En esta época de ignorancia y de supersticion, nada era tan comun como la intervencion de los santos invocados en las mas culpables empresas. Pues bien, mejor es que duerman, dijo Claudio para sí despues de alguna reflexion. Que busquen á mi padre ó á cualquiera otro, siempre se trata de librar una víctima de sus golpes. Me precipitaré sobre ellos desde lo alto de este árbol con mi puñal en mano. Si, están ahí, debajo de mí, su aliento vinoso que sube hasta aqui determinará la direccion de mi arrojo; caeré sobre ellos como un angel exterminador en medio de las tinieblas. No les dejaré tiempo para que cojan sus armas, y aprovechándome del movimiento desordenado de su sorpresa al despertar repentino, daré á los dos de puñaladas. Diciendo esto, ó mas bien pensándolo, sacó su puñal del cinto, y su pie habia hecho ya crugir la rama desde donde iba á arrojarle, cuando un viento súbito y violento, barriendo las nubes del cielo, dejó que la luna se mostrase llena y rutilante, y mirase cara á cara los dos asesinos dormidos á la entrada del bosque. Claudio se rehizo por un movimiento hácia atrás. El aspecto de aquellas dos malvadas cabezas le in-

timidó. La vida licenciosa y la costumbre del crimen habian impreso sobre la cara de Furcifex y Carnifex su sello de fatiga y de ferocidad. Causaba horror verlos. Claudio cerró un momento los ojos y maldijo á la luna. El zumbido del viento entre los árboles despertó á los bandidos.—Mira, la luna aparece en el cielo, dijo uno.—Que Satanás la hunda en los profundos infiernos, dijo el otro; ella es la que ha hecho soplar el viento que nos despierta; no podré volverme á dormir despues de interrumpido mi primer sueño.

—Qué haremos? dijo Furcifex. Si hubiese siquiera alguna buena alma que sangrar con la claridad de la luna! Claudio hizo crugir una rama, mas este ruido se atribuyó al viento.

—Por mi patron Santiago, se me ocurre una idea exclamó Carnifex. Aqui tengo en mi bolsillo estos dados inventados para alejar el fastidio. Si jugásemos á ese juego entretenido?

—Sea, respondió Furcifex, pero cuál será el juego?

—Dos medallas de plata por cada mano, respondió el otro, y el que los pierda los debe, y pagará cuando hayamos muerto al conde y recibido el premio.

El conde! desapareció la duda. Claudio sintió un desvanecimiento en la vista. Se precipitó desde lo alto del árbol sobre los jugadores, la mano derecha levantada y armada del puñal.

—Virgen santa! qué gran pájaro es ese? exclamó Furcifex, con su megilla magullada por el pie del niño.

Claudio repartía golpes al acaso como un furioso; pero su puñal se clavó en el árbol, y saltó su hoja, quedándole apenas tiempo de huir para salvarse de los dos largos alfanges que los asesinos acababan de sacar de sus vainas. Mas rápido que un ciervo se metió Claudio en lo mas espeso del bosque para que perdiesen el rastro los bandidos que le perseguian, y llegó temblando á la casa, habiendo dejado en el bosque á Furcifex y Carnifex extraviados y sin saber si habia sido un hombre, un angel ó un demonio.

Sus padres estaban ya llenos de la mayor inquietud por lo que podia haberle sucedido. Enrique estaba acostado y dormido. Claudió refirió lo que habia pasado. Se convino en que por muchos dias, el conde y la condesa no saldrian del subterráneo; ademas que Enrique no sabría nada de todo eso, por miedo de que no pudiese resistir el antojo de referir un acontecimiento extraordinario, todo lleno de encanto para el que lo contase y para el que lo oyera. En cuanto á retener á Enrique ó en la casa ó en el subterráneo, ó en la casilla del bosque, no habia que pensar en eso: el bullicioso aturdido tenia horror á la obscuridad y al silencio, se habria muerto de aburrido. Solamente por la mañana cuando despertó, la condesa le recomendó mucho que no se alejase de la casa, que no hablase con

nadie de nada, y que no se acordase que se llamaba Enrique, sino Juan; que no era el hijo de un conde, sino de un mercader de Sevilla. Enrique prometió todo lo que se le exigía, con condicion de que se le diese de almorzar, pues tenia hambre, y se le dejase salir, porque se le acorchaban las piernas. Almorzó y salió llevando consigo un botecillo de liga para coger pájaros en el bosque. No se habia pasado un cuarto de hora que él armaba sus lazos cuando se le apareció un hombre enjuto, con una larga daga al lado, y un puñal en el cinto.

—Dios te guarde, niño, le dijo. Qué haces ahí?

—Bien lo ve su merced, respondió Enrique: pongo lazos á los pájaros.

—Eso no es bueno, procurar destruir asi las criaturas de Dios.

—Y vos, qué haceis aqui, preguntó Enrique?

—Yo?..... Te lo diré, niño, si estuviese seguro que serias discreto.

—Tengo la reputacion y el mérito de serlo mas que alma viviente, dijo Enrique.

—Pues bien, amigo mio, continuó el hombron tomando un tono lamentoso, soy un desgraciado caballero perseguido por los satélites del rey D. Pedro, y he venido con un amigo, que no está lejos, á buscar un refugio contra su cólera en este bosque, esperando hallar en él algun alma caritativa que patrocine nuestra fuga, y nos abra su casa para ocultarnos en ella. Apenas habia acabado de hablar cuando vió Enrique que se adelantaba otro hombron, seco y pálido como el primero, armado del mismo modo, en todo igual, con la sola diferencia que el último tenia un desollon en la mejilla derecha.—Os ha sucedido algun mal lance, pobre caballero, dijo Enrique acercándose á él? la sangre corre por vuestra mejilla.—Hemos tenido que combatir esta noche, dijo el que llegó primero, con los emisarios del rey, y mi amigo ha recibido el golpe que veis.—Esta noche, dijo asustado Enrique.—Esta noche.—¿Y dónde? A dos pasos de aquí, en el bosque.—Cielos! exclamó el niño. Y si os alcanzasen! si fuesen á prender á mi padre! El de la herida hizo un gesto que se parecia á una horrible sonrisa, y que enrojeció pasajeramente su frente. Explicó esta gesticulacion, atribuyéndola al dolor que le causaba la herida.—Ah! dijo el primero acercándose al niño y pasándole cariñosamente la mano por la cabeza, ah! vuestro padre, pues, es desgraciado, perseguido como nosotros?—Ay! sí. ¿Es un rico hombre.....—Como nosotros? Ay! sí. Quizás algun amigo nuestro! ¿Su nombre?—No debo temer deciroslo: el conde de Arévalo. Hubo un gesto mas espantoso que el primero, seguido de un extraño chupeton delabios.—Está lejos de aquí?—Oh! muy cerca.—Que

dicha, el conde un amigo íntimo, un rico-hombre. Esta daga y este puñal, estan á su servicio como al mio, para defender en comun nuestra vida. Querido niño, guíanos hacia donde está, para que abracemos á ese querido conde. Enrique transportado de alegría, por haber encontrado defensores de su padre, tanto mas firmes, como que estaban amenazados con la misma desgracia, Enrique dejó allí sus lazos, y dijo á los dos caballeros: seguidme.

Despues de diez minutos de marcha,—Veis, dijo el niño, esa casilla en ese circuito? Ahí están ocultos mi padre, mi madre y mi hermano. Démonos prisa.—Llegaron á la casilla. Nadie habia allí.—Tus padres han salido?—Oh! no; en cuanto empuje con el pié esta hoja del entarimado, se abrirá una trampa.—Ah! y encontraremos á vuestro padre.—En el subterráneo ó en la casa á donde este va á dar.—Estas cierto?—No sale de ella jamás.—Silencio, niño, le dijo uno de los hombrones, amenazándole con el puñal y con la vista, mientras lo ataba de pies y manos, y le aplicaba á la boca una banda en forma de mordaza; silencio ó mueres! Despues de esto le metieron en un rincon de la casilla, y luego apoyando el pié sobre la hoja del entarimado que habia señalado Enrique, se disponian á bajar, cuando otro niño salia por esta abertura, armado de una espada.—Ellos son! gritó al verlos. Un minuto despues de esta exclamacion ya estaba muerto, bañado en sangre y arrojado junto á su hermano. Enrique, no podia gritar ni moverse, y todo lo veia, todo lo oía. La desesperacion estaba pintada en su cara.

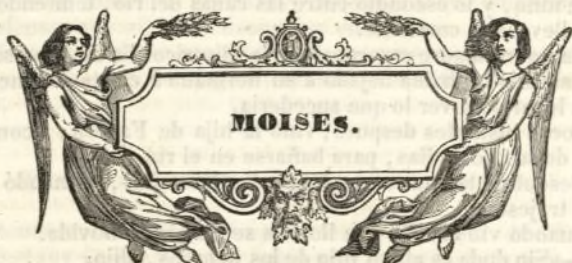
Furcifex y Carnifex bajaron al subterráneo: muy pronto se oyeron lamentos angustiosos. Enrique tenia desencajados los ojos, todo su cuerpo sufría violentas convulsiones. A poco tiempo salieron cuatro cabezas del subterráneo, la de la condesa arrastrada con violencia y gimiendo: la del conde separada del tronco y llevada por uno de los bandidos, y las dos cabezas cadavéricas pero vivas de Furcifex y Carnifex. El que llevaba la cabeza del conde dijo al otro:—Acuérdate, Furcifex que me debes cuatro medallas de plata que he de tomar de la mitad de tu salario. Dicho esto, salieron dejando señaladas las pisadas con un reguero de sangre.

Cuando los aldeanos llegaron á la casilla, ya habia muerto Enrique. La condesa medio dementada se retiró despues á un convento de religiosas.

Furcifex y Carnifex recibieron su salario, porque D. Pedro el Cruel era hombre de palabra, si se ha de hablar con exactitud. Furcifex pagó á su compañero las cuatro medallas de plata: era buen jugador.

Claudio y Enrique fueron enterrados bajo la misma losa. Que Dios perdone á Enrique por el mérito de su hermano!

HISTORIA SAGRADA.



I.

Los hijos de Jacob se multiplicaron mucho en Egipto y formaron muy pronto un pueblo entero en medio de los egipcios. Se esparcieron por aquel pais y como eran laboriosos llegaron á adquirir inmensas riquezas.

Mucho tiempo despues de la muerte de José, el rey de Egipto, Ramases Mianum, llamado tambien Faraon, como todos los reyes de aquel pais, viendo el número y el poder de los hijos de Israel (este es el nombre que el angel del Señor dió á Jacob despues de haber luchado con él) resolvió oprimir á aquel pueblo, cuya grandeza le inquietaba.

Les impuso trabajos duros y penosos, les hizo construir ciudades enteras para que le sirviesen de almacenes; en fin nombró oficiales encargados de atormentarlos de todas las maneras.

Mas el Señor velaba sobre ellos; y por efecto de su proteccion divina, crecian y se multiplicaban á pesar de los malos tratamientos que se les hacia experimentar.

El odio de los egipcios llegó á ser mas fuerte todavia; buscaban todos los caminos de destruir los hijos de Israel. Pero despues de haber empleado medios bárbaros de satisfacer su venganza, vieron que cada dia se hacian mas numerosos.

Faraon no podia reprimir su cólera, y mandó á los egipcios que arrojasen al rio Nilo, que fertiliza todo el Egipto, los hijos varones que naciesen entre los israelitas.

Las penas mas severas se decretaron contra los que no ejecutasen esta órden cruel.

Algun tiempo despues, un hombre de la casa de Leví habiéndose casado con una muger de esta tribu, dió ésta á luz un niño tan hermoso que no pudo resolverse á arrojarlo al Nilo.

Apesar de las órdenes del rey, lo tuvo oculto en su casa, lo alimentó, le dio de mamar, y durante tres meses consiguió que no se supiese su nacimiento.

Despues de este tiempo, viendo que no podia tener ya el

hecho secreto, tomó una cestilla de junco, la cubrió de betun y de pez para impedir que la penetrase el agua, colocó en ella el pobre niño, y lo escondió entre las cañas del río, temiendo que se lo llevase la corriente.

La pobre madre esperaba que la misericordia de Dios salvaria á su hijo, y habia dejado á su hermana á cierta distancia de aquel lugar para ver lo que sucederia.

Pocos instantes despues, vino la hija de Faraon, acompañada de sus doncellas, para bañarse en el río.

Descubrió la cuna escondida entre las cañas, y mandó que se la trajesen.

Cuando vió el niño que lloraba se sintió conmovida.

—«Sin duda es algun hijo de los hebreos, dijo.

Lo tomó en sus brazos y procuró acallarlo con caricias.

La hermana del niño se acercó á ella:

—«Queréis que vaya á buscar una hebrea que pueda alimentar esa criaturita? dijo á la princesa.

—Vé:» respondió la joven con bondad.

La hermana se fue y volvió muy pronto con su madre.

—«Toma este niño, le dijo la hija de Faraon; crialo y yo te recompensaré este cuidado.»

La pobre madre dió gracias al cielo por el socorro inesperado que la enviaba. Tomó su hijo, lo crió y cuando fué grande y fuerte lo condujo á la presencia de la hija de Faraon.

La princesa lo adoptó por su hijo, y le llamó Moises, nombre que significa, salvado de las aguas.

Despues de haber permanecido durante muchos años en la corte de Faraon, la dejó Moises para ir á ver sus hermanos. Su miseria, las humillaciones que se les hacia sufrir, los trabajos que los abrumaban, movieron profundamente su corazon. Un día vió un hebreo (se llamaban así los israelitas á causa del valle de Hebron, que está en la tierra de Canaán) á quien insultaba un egipcio. No pudo soportar aquel espectáculo sin castigar al culpable. Lo mató, lo enterró en la arena, creyendo firmemente que nadie lo habia visto.

Pero el rumor de este crimen se estendió por todas partes y Faraon quiso que á Moises le quitasen la vida. Este huyó y llegó al país de Madian.

Se sentó para descansar cerca de un pozo.

Habia entonces en aquel país un sacerdote del Señor, llamado Raguel, cuyas hijas vinieron á buscar agua de aquel pozo. Despues de haber llenado las vasijas que llevaban, quisieron dar de beber á los ganados de su padre, mas unos pastores que se encontraban en aquel sitio las echaron de allí. Moises se levantó, tomó su defensa y dió de beber á sus ovejas.

Luego que las siete hijas de Raguel regresaron á casa de su

padre le refirieron como habian sido protegidas por un desconocido.

El santo sacerdote del Señor, las envió á que suplicasen á su defensor que viniese á descansar en su casa.

Moises no rehusó seguirlas, y despues de haber estado algun tiempo en la casa de Raguel, se casó con Séfora una de sus hijas.

II.

DIOS ELIGE Á MOISES PARA LIBRAR Á LOS HEBREOS.

Pasado mucho tiempo despues del matrimonio de Moises, murió el rey de Egipto, que habia querido quitarle la vida.

Las persecuciones de los egipcios, lejos de cesar con aquel rey, tomaron por el contrario nuevo furor.

Las quejas de los hebreos, los gritos que el dolor y la desesperacion les hacian dar, llegaron hasta Dios.

Viéndolos tan desgraciados, recordó la alianza que habia hecho con sus padres, Abraham, Isaac y Jacob, y resolvió aliviarlos.

Moises conducia á pastar las ovejas de Raguel, que se llamaba tambien Jetró. Un dia que habia llevado su rebaño al desierto, se detuvo cerca del monte de Dios (el monte Horeb).

Descubrió al punto una llama que salia de una zarza: se aproximó para ver cual era la causa que impedía que se consumiese, aunque parecia arder.

Pero el Señor le detuvo:

—«Moises, le dijo, no te acerques á este sitio sino con respeto; quítate los zapatos, porque el lugar en que estás es una tierra santa.

«Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.»

Al escuchar estas palabras, Moises, lleno de temor y de respeto, se cubrió el rostro.

El Señor continuó:

—«He visto la afliccion de mi pueblo en Egipto; he oido las quejas que dirijen hasta mí y su dolor me ha conmovido.

«He descendido para librarlo de las manos de los egipcios y para hacerlo pasar de aquel país á la tierra de Canaán, que prometí á tus padres.

«Ven, Moises, yo te he elegido entre todos; te enviaré á Faraon, á fin de que le pidas que deje á los hijos de Israel salir de Egipto.

—«Pero, Señor, respondió Moises, cuál es mi poder? ¿quién soy yo para hacer lo que me exijis?

—«Yo estaré á tu lado; y para que reconozcas que soy yo

quien te ha enviado, he aquí la señal que te doy: luego que hayas sacado mi pueblo de Egipto, ofrecerás á Dios un sacrificio sobre esta montaña.

—«Dré pues cerca de los hijos de Israel y les diré, el Dios de vuestros padres me ha enviado á vosotros. Pero si me preguntan cual es su nombre que les responderé?

—«Les dirás: es el Señor, el Dios de vuestros padres! Este nombre es el que tengo desde que el mundo existe, y que me dará á conocer en la sucesion de todos los siglos.

Ve pues, junta los ancianos de Israel, y diles:

«El Señor se me ha aparecido, y ved aquí lo que me ha dicho. He venido á visitarte y he visto todo lo que os ha sucedido en Egipto. He resuelto sacaros de la opresion de los egipcios, y haceros pasar al pais de Canaán, tierra feliz en que hallareis la riqueza y la abundancia.»

«Ellos escucharán tu voz, y se presentarán contigo al rey. Tú le dirás: «el Señor, el Dios de los hebreos nos ha llamado; él, que nos ha escogido para ser su pueblo y rendirle las adoraciones que le son debidas. Estamos obligados á seguir sus mandatos, y nos ha mandado ir hasta el monte Sinaí, á tres jornadas de aquí, en el desierto para ofrecerle un sacrificio.»

«El rey de Egipto no os dejará partir sino le obliga una mano poderosa.»

«Yo extenderé mi brazo y molestaré á los Egipcios con toda suerte de prodigios que haré en medio de ellos, despues de esto os dejarán partir.»

«Para indemnizaros de lo que habeis sufrido y pagaros los servicios que habeis hecho á los egipcios he aquí lo que hareis: cada una de vuestras mugeres pedirá á su vecina ó su huésped vasos de oro y de plata para el sacrificio y vestidos preciosos: vestireis con ellos á vuestros hijos y á vuestras hijas y despojareis á el Egipto de las riquezas que ha reunido solo persiguiéndoos.»

III.

PODER DE DIOS.

Moises, conociendo su debilidad, temia no poder progresar en la ejecucion de las órdenes que habia recibido.

—«Los hijos de Israel no me creerán, no escucharán mi voz, si no puedo probarles que el Señor se me ha aparecido.»

—«Qué tienes en la mano? le dijo el Señor.

—«Una varilla.»

—«Echala en tierra.»

Moises la arrojó y se convirtió en una serpiente:

El Señor le dijo tambien.

—«Estiende tu mano y coge esa serpiente por la cola.»

El estendió su mano y la cogió al punto. La varilla cambiada en serpiente tomó su primitiva forma.

—«Ve, dijo el Señor, y haz esto delante de los hijos de Israel, á fin que vean que el Señor te ha visitado. Si no se convencen, haz tambien lo que voy á decirte. Mete tu mano en tu seno.»

Moises lo hizo; y cuando la retiró, su mano estaba cubierta de una lepra blanca como la nieve.

—«Vuelve á meter tu mano en tu seno» continuó Dios.

Moises la retiró y ya la lepra habia desaparecido.

—«Si no te creen, añadió el Señor, si apesar de estos dos milagros no te escuchan, toma agua del rio Nilo, espárcela sobre la tierra en su presencia y verán que toda el agua se convierte en sangre.»

Moises era humilde y modesto, niños mios, conocia su debilidad y se creia incapaz de ejecutar las órdenes del Señor. Suplicó á Dios le diese alguno para ayudarle en esta empresa tan grande. El Señor le dijo:

Nada temas, yo estoy contigo, y mi poder te sostendrá. Sin embargo quiero oir tu ruego: Tu hermano Aaron va á salirte al encuentro, por orden mia, y tu vista alegrará su corazón. Dile cuales son mis designios, él será el que hable al pueblo, segun tus consejos y tus órdenes.

«Toma esa varilla, ó bastoncillo, porque con ella harás milagros.»

Moises regresó á casa de Jetró, su suegro, para pedirle permiso de ir á ver á sus hermanos en Egipto. Habiéndolo obtenido esperó las órdenes del Señor.

Dios se le apareció en fin y le dijo:

—«Ve, vuelve á Egipto; los que querian quitarte la vida han bajado á la tumba.»

Moises partió con su muger y sus hijos y los acompañó llevando la vara de Dios en la mano.

—«Haz delante de Faraon todos los milagros que te he dado el poder de hacer, le dijo el Señor, yo endureceré su corazón á fin de que no deje salir mi pueblo de Egipto; entonces le heriré en sus mas profundos afectos, haré morir á su hijo.»

Dios se apareció acia el mismo tiempo á Aaron, y le mandó que fuese hasta el desierto en busca de Moises.

Aaron marchó y habiendo encontrado á su hermano le abrazó tiernamente.

Moises le contó lo que el Señor le habia dicho y los milagros que le habia ordenado hiciese.

III.

DUREZA DE FARAON.

En el momento que llegaron á Egipto, Aaron y Moises reunieron los mas ancianos de los israelitas. Aaron les refirió todo lo que Dios habia dicho á su hermano, y Moises, para convencerlos, hizo milagros delante del pueblo.

Los israelitas comprendieron que el Señor habia oido sus quejas, y se arrodillaron para adorarle; entonces Aaron y Moises fueron al palacio de Faraon, y le hablaron así:

—«Ved aquí cuales son las órdenes del Señor, del Dios de Israel; os manda dejar salir su pueblo, á fin de que le ofrezca un sacrificio en el desierto.

—«Quién es ese Señor, preguntó Faraon, para que esté yo obligado á escuchar su voz y dejar salir el pueblo de Israel?

—«El Dios de los hebreos nos ha ordenado ir á tres jornadas de aqui en el desierto para sacrificar en su honor. Si no lo hacemos seremos castigados con peste, con la espada.»

—«Porque distraeis ese pueblo de su trabajo y vosotros mismos no trabajais?»

«Ese pueblo, continuo Faraon dirigiéndose á sus oficiales, ese pueblo se ha multiplicado á pesar de la opresion en que lo tenemos. Si nos mostramos débiles se aumentará todavia mas.»

«Abrumadlo con trabajos, redoblad sus castigos, exigid que vaya á buscar los materiales necesarios para la construccion de ladrillos y forzadlo á entregar tantos como cuando vosotros se los traeis.»

Los oficiales del rey egecutaron aquellas órdenes bárbaras y el pueblo de Israel se esparció por todo el Egipto para juntar la paja que se mezclaba con la tierra á fin de hacer los ladrillos.

Las quejas de aquellos desgraciados no fueron oidas: los hijos de los hebreos recibieron castigos espantosos y la miseria de aquel pueblo llegó á ser mayor todavia, que lo que antes era.

Habiendo los israelitas encontrado á Aaron y Moises los acusaron de haber aumentado sus males.

Moises se dirigió á Dios.

—Señor, le dijo, porque has afligido á este pueblo? porque me has enviado á él para aumentar sus males? Despues que me he presentado en vuestro nombre á Faraon, atormenta todavia mas á vuestro pueblo, y no le habeis libertado.

El Señor dijo á Moises:

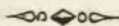
—Voy por la fuerza de mi brazo á obligar á Faraon á

dejar salir los israelitas y mi mano poderosa lo compelerá á hacerlos él mismo salir de su país.

«Te lo he dicho, soy el Señor que se ha aparecido á Abraam, á Isaac, á Jacob; he hecho alianza con ellos y les he prometido darles la tierra de Canaán, en la cual han pasado como extranjeros, como viageros.

«Ve, dí al pueblo de Israel que la vista de sus desgracias me recuerda la alianza que he hecho con él; yo soy el que lo sacará de Egipto y lo librará de la servidumbre desplegando la fuerza de mi brazo, y haciendo lucir la severidad de mis juicios; entonces os conduciré á esa tierra, os la daré, porque soy el Señor de todas las cosas.»

Moisés llevó las palabras del Señor á los hijos de Israel; pero ellos no las escucharon á causa de su extrema aflicción, y del exceso de los trabajos que los tenían oprimidos.



LOS DOS ALMANAQUES.

FÁBULA.

A un almanaque de ogaño
Decía el del anterior:
«Buen vecino mucho extraño
De la fortuna el rigor.
¿Qué crimen he cometido
Para que tan bruscamente
Se me condene al olvido
Y por nada se me cuente?
No hace mucho que mi dueño
Por la mañana me abría,
Y con incesante empeño
Me consultaba y leía.
Mas ahora abandonado
Como objeto ya inservible,
Al polvo me ha destinado
Mi propio amo insensible;
Y mientras me olvida á mí
Sin el mas leve pesar,
Todos los días á tí
Alegre te vá á buscar.»
El moderno calendario
Le contestó: «compañero

Que gimes hoy solitario,
Deja el tono lastimero.
¿Cómo que te lean quieres
Si tu tiempo ya pasó?
Ya del día tú no eres,
Y ahora en cambio lo soy yo.
Para tí domingo es
Cuando yo en lunes me encuentro:
Por eso amigo te ves
Fuera de tu antiguo centro.
Pero no creas, vecino,
De mí bien en la apariencia:
Yo cederé del destino
A la cruel inclemencia.
Que en pasando doce lunas
Al polvo me arrojarán,
E iguales nuestras fortunas
Entonces también serán»
Todo en el mundo así pasa
Porque el tiempo volador
Girando todo lo arrasa
Con indomable furor.

El hombre que no es del día
Puede decirse que ha muerto,
Y que hácia la tumba fría
Se acerca con paso incierto.
En siendo útil un hombre
Nuestro cariño arrebatá:
No siéndolo, no se asombre
Si solo ve gente ingrata.
Pensarlo es triste, por Dios!
Pero aunque amargo, es verdad
Que el hombre camina en pos
De una negra realidad.

Vosotros fuertes poderes
Por el tiempo derribados,
Abandonadas mugeres,
Viejos si bravos soldados;
En la oscuridad yaceis
Cual roto y sucio vestido
Y como almanaque os veis
Condenados al olvido.

T